

## HOSPITAL IMPERIAL DE LOS CABALLOS INVALIDOS

EN TZARSKOE-SELO, EN RUSIA.



Los viajeros que van en el verano á visitar el parque de Tzarskoe-Selo (aldea del Czar), cerca de San Petersburgo, la nueva capital de la Rusia, no sospechan siquiera la mayor parte, de que en un rincón de aquella magnífica propiedad imperial, se encuentra un establecimiento, pro-

SEGUNDA SERIE.—1861.

bablemente el único en Europa, y aun puede decirse que en el mundo: es el Hospital Imperial de los caballos inválidos que han tenido el honor de ser montados por SS. MM. Czarinas.

Es verdad que existe en Inglaterra una casa de retiro

AÑO XIX. 30.



análoga á esta, para los simples y reconocidos particulares, empero no se ve nada parecido, ni semejante al cementerio que representa el grabado que hoy damos, verdadera necrópoli con monumentos é inscripciones.

Las piedras tumulares están en vigorosa y perfecta alineación: cada una de ellas lleva su indicación especial, el nombre del caballo honrado con aquella sepultura, el del soberano que lo ha montado, y muchas veces la fecha de su nacimiento y de la muerte del pobre animal, y por último también algunos hechos históricos. Así se ve sobre una de aquellas sepulturas un epitáfio ruso que recuerda que allí yace el caballo, ó mas bien el *amigo* que montaba Alejandro I, cuando en 1814 entró en París á la cabeza de los ejércitos aliados que derrocaron el poder de Napoleón.

Este singular hospital de Inválidos, se halla perfectamente administrado y dirigido. Cada animal colocado en un cómodo departamento, está muy bien alimentado y cuidado. De tiempo en tiempo se les saca á paseo á una ancha pradera cubierta de musgo y cercada de una empalizada, situada cerca del cementerio á un lado de éste.

En el año de 1860 habia en Tzarskoe-Selo cinco pensionistas, de los que el uno muy bien conservado todavía, aunque de edad de diez y siete años, era la famosa yegua inglesa *Victoria*, que tanto le gustaba montar al emperador Nicolás I.

Por lo general, los caballos que sirven para el uso personal de los emperadores de Rusia viven muchísimo tiempo, porque están maravillosamente cuidados. Para formarse una idea de esto, es preciso haber visto cómo se hace el servicio en las caballerizas imperiales.

El director actual de ellas, el baron Meyendorff, caballero mayor, tiene á sus órdenes un inglés llamado Mow, que es una notabilidad, una eminencia en el arte de herrar.

Sabida es la grande influencia que una buena herradura tiene en la salud y duración de la vida de un caballo. En 1860, en el hospital de los caballos inválidos de Tzarskoe-Selo, habia todavía un animal de veinte y cinco años, cuyos aplomos eran tan bellos y gallardos como los de un potro.

Tzarskoe-Selo, sitio imperial, está situado á 21 kilómetros de San Petersburgo, desde donde se va por un camino de hierro. Es la residencia favorita del actual emperador Alejandro II, durante las estaciones de primavera y otoño.

## EL VIZCONDE DE CHATEAUBRIAND.

### I.

En todas épocas ha sido la literatura, el modesto medio por el cual se han elevado muchos hombres á la consideración de sus semejantes, al poder, á la gloria. Cuando Chateaubriand se veía rechazado por los libreros de Londres, y alcanzaba solo ocuparse en traducciones, acaso alimentaba la esperanza de que cambiaría su situación y su pobreza, y de que la fortuna que le lanzaba de su patria y le oscurecía como un pordiosero, le cobijaría algún día bajo sus esplendentes alas de oro. Los primeros años de la vida de este célebre escritor y eminente hombre de estado, son en efec-

to digno de llamar la atención por las vicisitudes á que se vieron espuestos.

Nacido en Saint-Malo el 14 de setiembre de 1768, el vizconde de Chateaubriand pertenecía á una distinguida familia francesa, y recibiendo el título de caballero, era destinado á la marina real, en cuyos estudios alternó con mayor gusto los de los clásicos latinos y griegos. Debía completar sus estudios en Brest, pero de repente se decidió á abandonar la marina, y así lo comunicó á sus padres, pasando al castillo de Combourg en donde residían. Creyóse que abrazaría con gusto el estado eclesiástico, para lo cual cursó algunos estudios en Dian, pero bien pronto la independencia de su carácter y su espíritu poético y fantástico, junto con la ociosidad á que se veía entregado, le hicieron entrar de oficial en un regimiento, con el cual pasó á París y fué presentado á la corte. La *Gaceta de Francia* del 27 de febrero de 1787, es la que publicó por vez primera el nombre de Chateaubriand, como suele decirse, en letras de molde. Daba noticia de una cacería del rey de la manera siguiente: «El conde Carlos de Haute-Teuille, el baron de Saint-Marsault y el caballero de Chateaubriand, que anteriormente habian tenido el honor de ser presentados al rey, han tenido el 19 el de subir en los carruages de S. M. y acompañarle á la cacería.»

De poco sirvió á Chateaubriand sus relaciones con la corte; entonces hacia poquísimo caso de ellas, y en lugar de solicitar algun ascenso en su carrera, se dedicó á cultivar la amistad de algunos literatos, como La Harpe, Parny, Chamfort, Lebrun y otros. En esta especie de aislamiento se encontraba, cuando los primeros disturbios de la revolución francesa vinieron á sorprenderle. Presenció las mas sangrientas escenas de París; pero la revolución que por simpatía le hubiera conquistado, le repelió apenas se consumó el primer crimen. «Jamás el asesinato, dice en sus memorias, será á mi modo de ver, un objeto de admiración, y un argumento de libertad.»

No queriendo contemporizar con la revolución, le pareció á Chateaubriand excelente medio el viajar, proyectando el descubrimiento del paso del noroeste de América, para cuyo fin en la primavera de 1791, se despidió de su familia y se embarcó para Baltimore. En Filadelfia tuvo la honra de conversar y comer con Washington, que admirado de los proyectos del joven viagero, obtuvo de Chateaubriand la siguiente respuesta: «Menos difícil es descubrir el paso polar que crear un pueblo como vos habeis hecho.»

En América recorrió Chateaubriand una porción de países, no solo los civilizados, sino los habitados por los salvajes. Casi nada sabia de Europa cuando un día encontró en una choza de un punto mas civilizado, un trozo de periódico inglés que traía la noticia de la fuga de Luis XVI y su prision en Varennes. Al leerla sintió renacer con ardor su amor patrio, y no pensó en otra cosa que en regresar á Francia. Hízolo así en efecto, y aun hizo mas, pues según dice, por escitación de su familia mas bien que por amor, se casó con la señorita de Lavigne, casamiento que no impidió que Chateaubriand emigrase para auxiliar con su brazo á restaurar la monarquía.

El sitio de Thionville fué el teatro de sus hazañas. Precisados á retirarse los realistas, quedó herido Chateaubriand en un foso y abandonado por muerto. Recogieronle algunos paisanos y le llevaron en un carro hasta Bruselas, en don-



de comenzó á pordiosar de puerta en puerta pidiendo un asilo, que los vecinos se negaban á concederle. Entró en un café, pero como su aspecto no hacia presumir cosa buena, le echaron á la calle. Llevaba el muslo rodeado con un puñado de heno, y cubria los girones de su uniforme con una manta arrollada al cuello. Logró al fin que su hermano le remitiera algun dinero, y haciéndose curar de cualquier modo por un barbero, marchó á unirse con los realistas bretones que se hallaban en Jersey, haciendo miserablemente la travesía en la cala de un buque. La embarcacion era de poca importancia, la mar gruesa, y las fuerzas de Chateaubriand tan escasas, que al llegar á Guernesey, á donde tuvieron que hacer arribada por el mal tiempo, le dejaron casi exánime en el suelo, arrimado á una pared, creyendo iba á dar el último suspiro. Compadecidos de su estado unos pescadores, le recogieron y le prodigaron cuidados que le devolvieron la vida. Al día siguiente marchó á Jersey en donde continuó tan enfermo que se creia no llegaria á terminar el año.

Restablecido apenas en la primavera de 1793, pasó á Inglaterra creyendo poder tomar las armas en favor de la dinastía destronada en Francia; pero el mal estado de su salud le obligó á permanecer en Londres. «Mi pecho se encogía, dice, y podia apenas respirar. Los médicos mas entendidos me dijeron que yo seguiria asi acaso algunas semanas, algunos meses ó quizá algunos años, pero que debía renunciar á toda fatiga, y no contar con una existencia duradera.» Hé aquí como el mismo Chateaubriand refiere su penosa estancia en Londres, pobre emigrado sin recurso alguno y sin dinero. «Mi cama, dice, consistía en un colchon y una cubierta, careciendo de sábanas. Cuando hacia frio me abrigaba con mi propio trage que colocaba encima. Mi primo, La Bonetardage, perseguido por un acreedor vino á refugiarse á mi lado. Un eclesiástico bajo-breton le prestó una cama de cordeles. Era Bonetardage consejero en el parlamento de Bretaña; no poseia ni un pañuelo para atarse á la cabeza, pero habia desertado con armas y bagajes, esto es, se habia llevado consigo su gorra cuadrada y su toga encarnada, y se acostaba á mi lado sobre la púrpura. Jocosamente, buen músico y con hermosa voz, se sentaba desnudo sobre su cama cuando no podiamos dormir, se calaba su gorra y cantaba romances con una guitarra que solo tenia tres cuerdas.

Miserable era la vida que llevaban ambos amigos, sin poder tan siquiera encender lumbre, teniendo que permanecer en cama los días en que hacia mas frio, y pasar muchos sin comer. Cuando Chateaubriand pasaba por delante de una pastelería ó tahona, se detenía y se apoyaba en la pared á punto de desfallecer. Su compañero casi intentó suicidarse, y no se sabe qué hubiera sido de ellos á no recibir Chateaubriand algun dinero de su familia y ocupacion en casa de un inglés que le hacia descifrar antiguos manuscritos. ¡Cuán precaria suele ser siempre la suerte del génio antes que logre obtener los halagos de la fortuna! Logró al fin Chateaubriand ocuparse en traducir para los libreros y en dar lecciones de francés, y en medio de tan embarazosa situacion meditó una grande obra, y reunió materiales para un libro que al fin se publicó, con no grande éxito en 1797, bajo el título de *Ensayo histórico, político y moral sobre las revoluciones antiguas y modernas, consideradas en sus relaciones con la revolucion francesa*.

El espíritu materialista y casi escéptico de este libro no podia hacer presumir que Chateaubriand cambiase de creencias y llegase á ser el campeón del catolicismo; pero circunstancias de familia, de esas que imprimen honda sensacion en los corazones humanos, la muerte de los seres mas queridos, le convirtieron de pronto al cristianismo. «Mi madre, dice, despues de haber sido arrojada á un calabozo, á la edad de setenta y dos años, viendo perecer en él alguno de sus hijos, espiró en una humilde cama, en donde la habian sepultado sus pesares. El conocimiento de mis desgracias derramó sobre los últimos días de su existencia la mas profunda tristeza, y encargó á una de mis hermanas, al morir, que me atrajese hácia esta religion en la que me habia criado. Mi hermana me comunicó los últimos anhelos de mi madre, pero cuando llegó á mis manos su carta, ya tampoco existia, habiendo fallecido á consecuencia de su encarcelamiento. Estas dos voces salidas de la tumba, esta muerte, que servia de intérprete á otra muerte, me conmovieron: quedé convertido al cristianismo. Confieso que no cedí á grandes luces sobrenaturales; mi conviccion salió del fondo de mi pecho. Lloré y creí.»

Fruto de esta súbita conversion fué *El Génio del Cristianismo*, esta obra, tan criticada, pero tan inmortal como el cristianismo. Ya de regreso á su patria fué cuando Chateaubriand publicó su concepcion sublime. Insuficiente como demostracion, dice un escritor, *El Génio del Cristianismo* es una obra demasiado brillante, demasiado poética, demasiado engalanada con encantadoras deducciones y gracias frívolas, para que pueda ser considerada como un tratado religioso. Pero este libro reanimó los espíritus, fatigados con tantos desastres, con elevadas y consoladoras creencias, y les deponia de su estado con sublimes esperanzas. Tuvo, en fin, una verdadera influencia moral sobre la sociedad, y con respecto á las letras ejerció todavía una accion mas fuerte. Por diversas que hubiesen sido las formas de que se revistió la literatura durante los siglos de mas activo y rico desarrollo, no habia recorrido aun toda la escala de sentimientos é ideas de la humanidad. Existia aun una fibra del corazon humano que podia conmovirse con la elocuencia de la poesía. Hasta allí las impresiones que nacen de las bellezas de la naturaleza, las riquezas infinitas de la creacion no habian ocupado mas que un débil lugar en la literatura. Fenelon habia estudiado y sentido los hechizos del campo en Homero: sus mas ilustres contemporáneos no contemplaban el campo, fascinados por la grandeza de la vida social y el lujo de las cortes; los poetas del siglo XVIII no habian hecho en sus *bergeries* mas que una ridícula imitacion de la vida pastoril, y carecia aun de pintar la naturaleza. En una palabra: todas estas variedades de sentimientos, todas estas ideas delicadas y fugitivas, ingeniosas y fantásticas, nacidas de la parte mas brillante y mas caprichosa de imaginacion, que la razon admite únicamente con una especie de tolerancia, pero en las cuales se encuentra tanta dulzura, encanto, misterio y hasta delirio, todo esto se habia mantenido fuera del alcance de la poesía de los grandes escritores del siglo XVII, razonable, es verdad, pero despues irónica y fria en el XVIII. Oigamos, sin embargo, como el mismo Chateaubriand nos esplica los efectos de la aparicion de su libro.

«Cuando se publicó *El Génio del Cristianismo*, dice en un prólogo de una edicion posterior, la Francia salia del



caos revolucionario; todos los elementos de la sociedad se hallaban confundidos: la mano fuerte que comenzaba á separarlos no habia terminado aun su obra; el órden se hallaba sumiso todavía al despotismo y á la gloria. Fué, pues, en medio de las ruinas de los templos cuando se publicó *El Génió del Cristianismo*, para atraer á estos templos las pompas del culto y los servidores del altar. San Dionisio estaba abandonado: el momento en que Bonaparte debía acordarse que necesitaria un mausoleo, no habia aun llegado: le era difícil adivinar el sitio en donde la Providencia señalaría su sepulcro. En todas partes se veían restos de iglesias y de monasterios que se acababan de destruir, y era una especie de diversion el ir á pasearse por entre sus ruinas.

«La literatura se tiñó en parte con los colores de *El Génió del Cristianismo*. Los fieles se creyeron en salvo con la aparicion de un libro que tan bien se avenia con sus disposiciones interiores. Habia entonces necesidad de fé, avidez de consuelos religiosos, que procedia de la privacion de estos consuelos durante largos años.»

*El Génió del Cristianismo*, causó, pues, una revolucion moral y literaria, y junto con los episodios novelescos *Atala* y *René*, que habian precedido á la publicacion de aquella obra, entró Chateaubriand en plena posesion de su gloria literaria. Pero no basta dar una demostracion del genio para alcanzar la gloria y mantenerla. Se necesita entrar en continúa lucha con una porcion de elementos; la critica, la envidia, la malevolencia, todo conspira para arrebatár los laureles de las sienes del escritor y del poeta. Chateaubriand no se desanimó, y dado el primer paso con tanta brillantez en la carrera literaria, se preparó á conquistar el puesto que ambicionaba en la estimacion de sus contemporáneos y en su noble sed de fama póstuma. En un próximo artículo veremos si obtuvo su logro, y cómo su nombradía en el terreno literario le llevó á tomar gran parte en la arena política, no solo de Francia sino de toda Europa.

F. J.

(Se concluirá.)

#### ULTIMAS PALABRAS DE ALGUNOS HOMBRES CELEBRES AL MORIR.

Se acabó la comedia.—*Augusto*. Este es el pensamiento, las palabras fueron las que los autores latinos dirigian al fin de sus comedias á los espectadores, *valet et plaudite*.

¿Es esta vuestra fidelidad?—*Neron*.

¡Los frailes! ¡los frailes! ¡los frailes!—*Enrique VIII*.

Entre tus manos, Señor, pongo mi alma.—*El Taso*.

Todo mi reino doy por un minuto mas.—*La reina Isabel de Inglaterra*.

Basta.—*Locke*.

No hay sangre en mis manos.—*Federico V*.

¿No es mas que esto la muerte?—*Jorge IV*.

Dejadme oír todavía otra vez esos sonidos que por tanto tiempo han sido mi consuelo y mi alegría.—*Mozart*.

Estoy salvado.—*Cromwell*.

Dios os bendiga, amiga mía.—*El doctor Johnson*.

¿Qué? ¡el enemigo huye! Muero contento.—*El general Wolf*.

Ponte serio.—*Grocio*.

Ya no late la arteria.—*Haller*.

Todos nos vamos al cielo, y Wan-Dyck viene con nosotros.—*El pintor Gainsborough*.

Dad una silla á Dayrolles.—*Chesterfield*.

Está bien.—*Washington*.

Dejadme morir al eco de la música.—*Mirabeau*.

No dejéis sin comer á la pobre Nelly (una perrita).—*Carlos II de Inglaterra*.

Libertad para todos.—*Adams*.

Siempre mejor, siempre mas tranquilo.—*Schiller*.

Amo á Dios, Padre mio, y la libertad.—*Madama Stael*.

Cabeza de ejército.—*Napoleon*.

Llegó el momento de dormir.—*Byron*.

Apretadme la mano, amigo mio, me muero.—*Alfieri*.

Me siento volver en mí.—*Walter Scott*.

Dejad entrar la luz.—*Goethe*.

Está bien.—*Wellington*.

Volveremos á vernos.—*Lammenais*.

EL CONDE DE FABRAQUER.

#### EL ÚLTIMO TIGRE.

¡Démonos prisa!

Un monstruo moderno desconocido de Buffon y de Cuvier, va muy pronto á devorar el último individuo de las razas felinas. La locomotora con sus melenas de llamas y de humo, va á hacer resonar con sus mugidos los últimos dominios del tigre en las montañas de Rávana. Este soberbio animal va á pasar al estado de esfinge. Ya no se le verá mas que en los relojes de sobremesa, ó en los adornos de las chimeneas, y dentro de dos mil años, cuando los últimos tigres disecados y rellenos de paja hayan entregado á los elementos destructores su *conserva* taxidérmica, se suscitarán dudas sobre la existencia de su especie, como se hace hoy sobre la del licorno y el roc. Las locomotoras aumentan de día en día su personal y ganan terreno. Las últimas y recientes conquistas de los marinos franceses en la Sengambia, han hecho mugir el vapor debajo del peristilo de la plataforma de Dembó y del monte Lupata, último asilo de las bestias feroces, inquilinas de Adam, amenazadas de expropiacion despues de setenta siglos, por causa de utilidad pública.

Si en 1799 el cañon de lord Cornwallis ha rechazado muy lejos de Mysora las razas felinas, asombradas de oír el estampido del trueno en pleno sol, ¿qué sucederá cuando las locomotoras salidas de Bombay y de Hyderabad se lancen á toda máquina, cual volcanes con ruedas sobre los caminos de hierro abiertos desde el Malabar á Coromandel? Si los tigres y los leones no podían vivir á la inmediacion del Océano porque reconocian en el monstruo erizado de espuma, y dotado de la formidable voz de las tempestades, un monstruo mas terrible que el elefante ¿qué van á pensar los pobres tigres de Jinnwely y de Rávana, cuando vean pasar sobre el lindero de sus propiedades rurales gigantes cos rosarios de wagones, remolcados por monstruos arrojando llamas y escoltados de temblores de tierra? Una mortal nostalgia se apoderará de aquellos cuadrúpedos, ya de suyo muy melancólicos. Olvidarán el camino de los abre-





vaderos, donde acuden las tímidas gacelas, no vendrán á sentarse ya, hambrientos convidados, á aquellas fondas de la naturaleza. Se refugiarán á la cima de las áridas montañas, donde faltan el agua y la carne fresca, y esos gatunos anacoretas enemigos de ayunos largos, espirarán de sed y de hambre, desesperados de su impotencia para atacar los monstruos volcánicos de los trenes directos de Golconda y de Madrás. Será una pérdida para la zoología, y un beneficio para la humanidad.

¡Cosa notable! El cataclismo de la materia habia preparado al hombre un planeta habitable destruyendo los grandes saurios, los mosasuros, el ickthyosauo, el dynotherio, el mastodonte, y otros colosos que no hubieran permitido el establecimiento del menor paraíso terrenal al joven Adán y á sus sucesores. Seis mil años despues el cataclismo de la civilizacion va á destruir todas las razas felinas, para favorecer las mudanzas de los emigrados septentrionales arrojados de su país, por lo poblado de sus ciudades, y la carestía de los alquileres de las casas.

Bien sabian lo que se hacian los tigres, esos delicados seres, esos peludos epicúreos, esos sibaritas del desierto al escoger los sitios mejores para establecerse. Aunque vestidos de calientes pieles, no hubieran imitado la tontería de Pedro el Grande, y seguido á otro Pedro Grande de su especie para ir á fundar una tigrería sobre el Neva.

Esas necesidades geográficas se quedan para los hombres dotados de razon; los tigres elegían las mas bellas zonas del verdor, de las sombras, de las aguas y del sol. Necesitaban el nacimiento de los grandes rios, el abrigo de los bosques vírgenes, los lagos guarnecidos de palmeras, las grutas entapizadas de rosas silvestres, los apartados valles, las cimas bañadas en el azul del cielo, las alfombras de aterciopelado césped, los paisajes solitarios, las desconocidas cascadas, las tibias noches, las delicias del aire puro, la vida de la libertad. Dejaban Lóndres con su negra *Cyté*, su humo de carbon de piedra, su triste cielo, su fétido rio. Dejaban á París con su arrabal Monffetard y sus callejones vacíos sin aire, sin luz y sin sol. Para los tigres el cálculo no era tonto, habian escogido la parte de Dios en los dominios de Adán, y nos dejaban la parte del diablo. Esta gatesca ironía, este absurdo monopolio debia cesar. La Inglaterra amenazada por las exhalaciones del Támesis y viendo llegar todos los días á la casa de fieras del jardin zoológico soberbios tigres lucidos de salud, ha pensado en los cristianos de los barrios del Támesis, en tantos desgraciados en peligro de muerte y acosados del hambre, como viven desde Westminster á London-Brige, y va á fecundar los inmensos juncales de Bengala, y cubrir de una vez de caminos de hierro el dominio de las antiguas casas de fieras fundadas por Adán. La Francia ha hecho hace muy poco, espresamente para esto, un tratado de comercio con la Inglaterra. Lóndres y París se han estrechado la mano con motivo de la guerra de Italia. Lóndres no tiene ya que temer ese aluvion de zuavos sobre la costa de Gravesend. Va á hacer un último esfuerzo y pacificar la India, y volverle una dominacion tranquila: la esclusa de Suez caerá mañana, un Bósforo indiano va á poner á Bombay á las puertas de Marsella. Las escuadras de vapor, escuadras de todas las naciones, van á recorrer las costas de Coromandel desde la embocadura del Indus hasta el cabo de Ceylan, desde los puertos de Mysora hasta Chander-

nagor, y suministrarán caravanas de viajeros á los trenes de los caminos de hierro. Si la guerra no mata ya los hombres, es preciso que la paz los haga vivir. Los inmensos terrenos de Adán se sacan á subasta. Innumerables son los lotes, el precio está al alcance de la fortuna de un mendigo. Se lee en Rousseau esta frase:—*El primero que ha dicho: Este campo es mio, fué el fundador de la sociedad.* No se pide otra moneda en la subasta del paraíso terrenal, Todos los que se atrevieren á decir, *este campo es mio*, serán propietarios de hecho y de derecho. El notario que autorice el contrato será el sol. Una sola oposicion se dejará oír, la de las fieras en los juncales donde está la contaduría de hipotecas de los tigres, empero los alguaciles provistos de carabinas miniés y de balas cónicas, pronto purgarán el terreno de estas hipotecas y librarán el terreno de sus antiguas servidumbres.

Los tigres desaparecerán como tantas cosas van desapareciendo, como los faroles de reverbero, los calesines, y como desaparecerán tambien las pesadas y sempiternas diligencias.

Yo no designo por la palabra *tigre* ese gran gato feroz moteado de manchas negras que juega á lo ardilla en la jaula de la Casa de las fieras del Retiro, y busca desde la mañana á la noche con conviccion, una salida para escaparse por entre los hierros. Este pertenece á la especie del leopardo ó de la pantera. No hablo en este momento sino del tigre de Bengala, el mas terrible, el mas hermoso, el mas gracioso de los cuadrúpedos, porque sin querer hablar mal del leon del Atlas, su aire grave, su actitud un poco aristocrática, su melena en forma de peluca y su semejanza con un coronel retirado del tiempo de la guerra de la Independencia, le han perjudicado siempre en el concepto de los verdaderos conocedores. El gran tigre indio no transige en lo mas mínimo con el mal gusto. De seguro que no será él el que alce la pata para guardar una bolay adornar la puerta de un jardín ó las gradas de un trono, el espíritu de independencia salvaje le anima desde la punta de su bigote á la ondulante punta de su cola. Camina con el altivo paso notable de el rey maharata Aureng-Zeb; lleva alta y orgullosa la cabeza como un bonzo irreprochable; tiene un mirar fijo y fulminante que inspira el terror: en el momento del descanso toma la elegante actitud de una esfinge monumental. Jamás comete una falta contra la elegancia y correccion.

Su trage no tiene pero, nada mas hermoso y apacible á la vista que su amarilla y reluciente piel salpicada de manchas negras, su bigote de finas agujas, y el conjunto de su cuerpo en el que la ligereza del flexible acero se combina con la muelle gracia del terciopelo. Al ver este maravilloso animal se siente el pesar de no poderlo sujetar á la familiaridad de la vida doméstica, y jugar con él como se juega con los otros. ¡Verdadera desesperacion para el zoólogo!

El tigre es rebelde y resiste toda seduccion, es un foco de cólera perpétua, está rodeado de redes, asechanzas y enemigos, y su olfato, sutil como el del elefante, le denuncia á cada minuto el paso de un peligroso vecino, ó de un rival. Esta inquietud le roe noche y día, empero no le hace enflaquecer en su estado natural.

Si solo un instante estuviese alegre no sería ya tigre.

Está siempre rondando para olfatear el aire; las emanaciones hostiles que anuncian la presencia de un leon ó de



un elefante. Huye del león y va á buscar el abrevadero de las gacelas bajo otra zona alejada del domicilio de su temible enemigo. Menos recelo le inspira el elefante. El elefante no es batallador por naturaleza, no acomete, y solo quiere que le dejen vivir en paz con todo el mundo. El elefante y el león no viven como buenos compañeros, empero tampoco jamás se hacen la guerra: si por casualidad se encuentran á nariz y trompa, se honran mutuamente con una oblicua mirada como dos maestros de esgrima, y cada cual echa por su lado para ocuparse en sus negocios ó en sus placeres sin comprometer un duelo. No se porta con esta diplomacia el elefante si se halla al frente de un aturdido tigre, estraviado en algún campo de cañas silvestres de azúcar. Sabe que el tigre es aficionado á estas golosinas, y quiere conquistar para sí y para los suyos aquel manjar que le ofrece la naturaleza. El tigre no siempre huye, pero siempre es vencido por el elefante.

Una coalición de tigres de seguro debería vencer á un elefante, pero aquella raza intratable nacida para el aislamiento, no tiene idea alguna de la coalición. Jamás se ha visto á tres tigres juntos hacer el juramento de los tres suizos ó de tres diputados de la oposición para derribar á un elefante. La coalición es una idea humana. Dos tigres macho y hembra se reúnen algunas veces por un interés de familia contra el enemigo común, y si son agobiados y vencidos como uno solo que los aplasta y los destruye, un tercer tigre que muchas veces está viendo desde lejos la lucha, no se presenta, y aun desea el triunfo del elefante, por su espíritu natural é incurable de maldad.

En Roma en el circo de Tito, un cristiano arrojado á las fieras se refugiaba sobre la cima de un elefante, en medio de la arena llena de panteras de Africa, y el noble animal aficionado por instinto al hombre, cogía con la punta de su trompa una á una aquellas pintadas fieras, y las arrojaba á la altura de los velarios (toldos), y las aplastaba con delicadeza bajo sus enormes y formidables patas. Este juego divertía mucho á los elefantes y al público, pero no salvaba al cristiano.

En 1848, hallándome en Londres, fui un día al Jardín zoológico, en el momento en que los empleados en él referían un hecho de los más curiosos que acababa de suceder. Solo un inglés podía inventar una diversión de aquel género.

En aquella época, en la casa de fieras del Jardín zoológico, que era la más hermosa y la más completa del mundo, había entre otras soberbias fieras dos tigres de Bengala de una magnífica estatura, con el pelo reluciente de salud como en el desierto, y alimentados á la inglesa con carnes vivas, único régimen que conviene á aquellos animales, que les gusta sentir morir la carne entre sus dientes. En nuestra Casa de fieras del Retiro, el presupuesto no permite este lujo gastronómico. En el jardín de plantas de París lo había antes, pero se alzó contra él en las cámaras, el diputado Mr. Aubuis, en interés de los contribuyentes, en el tiempo en que no había venido todavía Napoleón III á impedir los torneos parlamentarios. El régimen de monsieur Aubuis ha prevalecido, y todos los días sobre las cuatro de la tarde, se sirve á los tigres un costillar de carne muerta de tres días, y que el delicado animal se resigna á masticar por no morir de hambre: algunas veces los encargados de servir la carne, tanto en Francia

como en España, reservan para sus mugeres y sus hijos lo magro de la carne, y sirven á los pobres tigres las piltrafas y los huesos. Cerremos este paréntesis, y volvamos á nuestros carneros; es decir, á los dos tigres del Zoological Garden, alimentados y mantenidos como lores.

El macho se llamaba Jac y la hembra Katrina. *Amabanse con un tierno amor*, como dos pichones de fábula, y parecían felices y venturosos en su jaula. Esta dicha debió de desagradar á mister Objer, diputado de West-Fen, opulento propietario, y que sin duda no era tan feliz en la intimidad de su familia.

Tenían aquellos dos tigres por vecino de jaula un admirable león, llamado Teso, que rugía regularmente como una péndola de Couk al crepúsculo. Los dos tigres estrechábanse entonces en toda la longitud de su espina dorsal al escuchar la vespertina música del vecino, única cosa que turbaba su felicidad doméstica. ¡Ay! ¡en este mundo no hay felicidad cumplida ni aun para los tigres! Mister Objer, constante parroquiano del jardín como yo, hizo un descubrimiento. Reparó que las dos jaulas solo se hallaban separadas por una puertecita cerrada con dos cerrojos, cosa además bastante común en el mueblaje de una casa de fieras, y una idea verdaderamente inglesa se le fijó en la cabeza.

A las nueve de la mañana el Jardín zoológico está desierto, los aficionados, siempre muy raros, no suelen ir hasta las doce. A los criados no se les permite la entrada. Así lo quiere la libertad.

El encargado de las fieras se hallaba ocupado en el barrido y limpieza de las jaulas, y parecía fastidiarse de un oficio demasiado vil para un inglés. Cumplía sin embargo con su deber, pero barria mal.

Mister Objer había estudiado las costumbres de aquel encargado de la limpieza de las fieras, y le dirigió esta pregunta:

—¿Cuánto ganas en tu oficio?

—Cincuenta libras, respondió el mozo con un suspiro.

—Es bien poco, replicó mister Objer con conmiseración.

—¡Estas fieras son más felices que yo! dijo el guarda señalando á los dos tigres.

—¡Pues bien! añadió mister Objer, yo quiero hacerte más feliz que esos dos tigres.

—¡Ah! milord, dijo el guarda de las fieras. No soy ambicioso, no pido más que ser feliz como un animal.

—Lo serás.... ¿Qué horas te deja libre tu empleo?

—Por la tarde á las seis.

—Pues bien, estate esta tarde á las seis en Charin-Cross, paseando delante de la galería. Yo te haré feliz.

El guarda de las fieras miró fijamente el bueno y franco rostro de mister Objer, y prometió ser puntual.

A las seis de la tarde mister Objer llevó al guarda de las fieras á casa de mister Cliton, su notario, y le aseguró por una escritura pública una renta vitalicia de cien libras.

Al salir de casa del notario, dió como gratificación un billete de cincuenta libras al guarda asombrado, añadiendo estas palabras:

—Mañana tendrás otro tanto.

—Si no tengo más que recibir y no hacer nada, dijo el guarda, mucho me gusta mi nuevo oficio.

—¡Ah! mira lo que tienes que hacer, replicó mister Objer, casi nada... Mañana á las nueve de la mañana iré al



Zoological-Garden, y al verme llegar abríras la puertecita de comunicacion del leon y de los dos tigres. Nada mas que eso.

El sentimiento del deber hizo dar un paso hácia atrás al guarda, pero concluyó por aceptar.

—Te pondrán en la calle, añadió mister Objer, pero ya ves que he preparado tu indemnizacion. Cien libras de renta en lugar de cincuenta, y mis gratificaciones. Además, no tendrás nada que hacer, tú estarás ocioso como un señor de Higate, y no serás ya el lacayo de los tigres y te estarás paseando todo el día por las calles de Londres.

Si todos los franceses millonarios de París, presididos por Roschild, y todos los banqueros de España, presididos por el duque de Sevillano, se llegasen á reunir, de seguro no se podrian decidir jamás á cotizarse para proporcionarse el placer que mister Objer va á saborear al día siguiente.

A las nueve de la mañana fué abierta la puerta de comunicacion por el guarda, esclavo de su deber.

Mister Objer se sentó en el anfiteatro y no hubiera vendido su butaca por mil libras sterlingas.

Jak y Katrina dormían con el sueño de la inocencia y soñaban con Bengala y los abrevaderos de las gacelas. El ruido de los cerrojos los despertó. Estiró Jak sus cuatro patas, exhaló un largo bostezo é hizo un brusco movimiento de sorpresa, descubriendo una novedad en su jaula. Lo nuevo admira siempre á los individuos de las razas felinas. Un gato doméstico hace el inventario de todos los muebles de su casa; lo sabe de memoria, y si se introduce la menor novedad en el dominio de sus amos, la descubre al primer golpe de vista, y va á olfatearla con cierta inquietud, como un objeto sospechoso. Los tigres tienen todas las propiedades de los gatos, pero en mas anchas proporciones.

Jak aventuró un paso, despues dos, despues tres, hácia la sospechosa abertura, alargó su hocico, y el tinte amarillento de su piel cambió de color á la impresion de un convulsivo terror que no habia experimentado nunca. Se agacharon sus orejas, y desaparecieron; se contrajo la piel de su hocico, y no atreviéndose ni á avanzar ni á retroceder, se quedó en la postura inmóvil de un tigre diseado.

Katrina, su hembra, le, dirigió un imperceptible maullido de ternura, que se parecia á una pregunta, y asombrándose de la sordera de su marido, vino á colocarse á su lado, miró por encima de su cabeza, y lanzó un clamor estridente y lamentable, que significaba: «estamos perdidos.»

El leon se hallaba descuidadamente tendido, y miraba aquella estraña aparicion con la calma del Hércules en reposo. No habia sobre su augusta faz ni sorpresa, ni miedo. Sabia que eran sus vecinos dos tigres, y parecia cuidarse muy poco de esto, pero al fin se irritó con la observacion insolentemente curiosa de sus vecinos, se puso sobre sus cuatro patas, sacudió su melena, y se adelantó lentamente hácia sus dos formidables enemigos.

Los tigres ejecutaron un duo de notas estridentes, regadas de espuma, y retrocedieron con precaucion con la cola retirada debajo del vientre, fueron á esconderse en un ángulo de su jaula, pegado el uno contra el otro para duplicar sus fuerzas por la union.

El leon asomó su enorme cabeza por la abertura y examinó la alcoba de los dos vecinos. Despues se recogió y pensó.

¿Qué pensó? No se puede hacer mas que aventurar con-

jeturas sobre el pensamiento de un leon; empero, de seguro, aquel noble é inteligente animal funciona espiritualmente con el cerebro como cualquier hombre.

Probablemente se imaginó que el amo de la casa de las fieras, conmovido de las desgracias de un leon prisionero, de un leon reducido á cuatro piés cuadrados de alojamiento, siendo el rey de los inmensos desiertos, habia, por último, ensanchado su jaula real, y que aquel suplemento de habitacion le era usurpado por dos infames tigres, á los que era preciso arrebatárselo con las garras y con los dientes.

Admitida esta suposicion, el leon marchó fieramente hácia los usurpadores.

Los tigres son valientes desde el momento mismo en que no les es permitido ser cobardes; tienen como muchos seres humanos, la terrible intrepidez del miedo. Además, en este encuentro eran dos contra uno, razon fuerte para combatir y marchar adelante cuando ya no podian retroceder mas.

Dos maullidos arrancados de dos pechos de bronce, y un rugido espantoso que formaba la parte del bajo, compusieron este terceto, cual nunca lo ha notado Verdi, y se trabó el combate con una furia de que no es fácil formar idea. Los tres combatientes se destrozaban, se mordian, se arrojaban unos sobre otros en todas las actitudes, de pie como luchadores, tendidos como reptiles, formando un solo grupo de sus tres cuerpos, mezclando sus hocicos, sus pelos, sus colas, sus bigotes, componiendo de todo este conjunto un monstruo sin nombre. Las uñas y las garras penetraban en las carnes, los dientes arrancaban tiras de piel, las colas azotaban el aire con el ruido de látigos, la sangre corria á torrentes, temblaba la jaula; resonaba un triple rugido sin intervalo ni descanso. Una espantosa consternacion reinaba en los alrededores en el pueblo feroz de la casa de fieras. Los otros leones y los otros tigres del establecimiento brincaban en sus jaulas y sacudian las barras de hierro de las rejas para abrirse una salida y volar al socorro de un hermano, cuya voz reconocian. Muy pronto se hizo general el coro de los monstruos; parecia que las fieras del Africa habian venido á Londres á dar un concierto espantoso, cuyo ensayo hacian á campo raso en el Jardin zoológico, antes de presentarse en un teatro. A aquella espantosa confusion y barahunda acudieron de todas partes una multitud de curiosos; que se iba aumentando de minuto en minuto. Las peleas de gallos, las luchas de los boxadores quedaban eclipsadas por aquella prodigiosa lucha, por aquel duelo de monstruos antediluvianos. El guarda de las fieras, aterrado de su apostasía y teniendo compasion de sus pensionistas, habia hecho ascua en la fragua la punta de una lanza, y valientemente colocado delante de la reja de la jaula, pinchaba con el hierro encendido al leon y á los tigres para hacerles soltar su presa y volverles á su respectivo domicilio; pero los animales, irritados por el fuego y atribuyendo aquella inflamada mordedura á su enemigo, aumentaban su rabia, y clavaban con mas energia en las carnes las garras y los dientes.

Despues de una hora de combate, cayeron los tres animales, dándose las últimas zarpadas y exhalando los ronquidos de la agonía. Ya no tenian fuerza para luchar, ni sangre para vivir, ni aliento para rugir. Los dos tigres murieron aquella misma tarde, el leon vivió todavia algunos días.



El director del Zoological-Garden, recompensó la bella conducta del guarda, aumentándole su sueldo, que se elevó á setenta y cinco libras

Este honrado empleado cobró el primer trimestre y luego dió su dimision, fundado, como hacen los ministros de

casi todos los paises, en el mal estado su salud, gravemente comprometida por las emociones de la batalla felina.

Concluyente debió parecer esta razon, porque el director, conmovido de aquella desgracia adquirida en el servicio público, propuso al gobierno inglés que se le conce-



Grupo de tigres en la India viendo pasar una locomotora.

diese al guarda la pensión que señala la ley á los servidores inválidos del establecimiento.

Debemos decir en elogio de mister Objer que ha guardado el mas profundo secreto sobre este asunto, y que no ha reclamado restitucion alguna.

El *Times* y el *Morning-Chronicle* y toda la prensa han llenado de elogios al fiel guarda y le han propuesto al mundo inglés como el mas perfecto y cumplido modelo de empleados.

ADOLFO SERRA.